



**«Qui amat animam suam, perdit eam;
et, qui odit animam suam in hoc mundo,
in vitam aeternam custodiet eam» (Jn 12, 25)**

Queridos Hijos y Hermanos,

El domingo pasado escuchábamos al Señor decir: «Quien ama su vida la perderá; y quien odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna». Son palabras —como todas las que dijo Nuestro Señor—, vividas en primerísimo lugar por Él mismo.

La Iglesia celebra hoy el Domingo de Ramos, que recuerda y revive la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, donde pocos días después había de consumir su obediencia al Padre hasta la muerte de cruz. El Evangelio que leímos al comienzo de esta celebración tiene un sentido marcadamente mesiánico y profético. En él se aclama el «advenimiento del reino de nuestro padre David» (Mc 11,9), se lanzan vítores al «Hijo de David» y las turbas llaman a voces a «Jesús de Nazaret de Galilea, el Profeta».

Jerusalén, cuyo nombre significa «Ciudad de paz», es la ciudad mesiánica por excelencia. En ella, según las profecías, ha de asentarse para siempre el trono de David y han de acudir todos los pueblos a adorar a Dios. Por eso Jesús, el Mesías, debía necesariamente ser aclamado en Jerusalén. El pueblo le grita con estas palabras: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!» (Mc 11, 9-10). Estas jubilosas aclamaciones, si nos fijamos bien, son las mismas palabras que cada día preceden al comienzo de la Consagración en la Santa Misa. Han sido puestas allí por la Iglesia con una intencionalidad muy precisa. Hosanna es una palabra hebrea que significa «Dios salva». Si con esa aclamación se dio entrada a Jesús en Jerusalén, donde iba a ofrecerse en sacrificio muriendo en la cruz, es significativo que nosotros también aclamemos a Cristo con ellas antes de la renovación del único Sacrificio que salva al mundo.

La Iglesia ha sabido seleccionar con sabiduría los textos con que se inicia la Semana Santa, poniéndonos de cara al gran misterio de la historia de la salvación y a nuestro propio pecado. Los mismos que acompañaban a Jesús con palmas y, a su paso, extendían sobre el suelo sus mantos diciendo: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!», esas mismas personas van a exigir a gritos a Pilato: «¡Crucificalo, crucificalo!» ¿Qué ha pasado? Días antes de entrar en Jerusalén Jesús había devuelto la vista al ciego de Jericó que lo invocaba con estas palabras: «¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!» (Mc 10,47). En Betania Jesús había resucitado a un muerto de 4 días, a Lázaro (Jn 11, 1 ss). La gente no podía menos que recordar la profecía que Natán dijo a David: «Afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas y consolidaré el trono de su realeza para siempre ante mí» (2Sam 7,12.16). Esta era la fama que había precedido a Jesús en su entrada a Jerusalén. Por eso gritan a su paso: «Bendito el reino que viene, de nuestro padre David» (Mc 11,10). Pero Jesús sabe perfectamente lo que hay en el corazón de los que lo aclaman, en el corazón de Pedro y de los discípulos que lo habían de abandonar a la hora de la prueba. También sabe lo que hay en nuestros corazones. No es difícil imaginar que a pesar de la gloria triunfal de su ingreso en Jerusalén, el Corazón de Cristo agoniza ante la perversa obstinación de los judíos que se niegan a convertirse a Dios y de los que por todos los siglos harán lo mismo: «Jerusalén, Jerusalén..., ¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos como la gallina recoge sus polluelos bajo sus alas y no quisiste!» (Mt 23, 27). «¡Si al menos en este día conocieses el mensaje

de la paz, pero se oculta a tus ojos!» (Lc 19, 42) «Por poco tiempo todavía está entre vosotros la luz. Caminad en tanto que tenéis luz para que no os sorprenda la oscuridad... Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que lleguéis a ser hijos de la luz» (Jn 12,35). Pero no, el misterio de iniquidad se apodera de aquellos hombres en los que de un modo misterioso, confluye todo el pecado de la historia y también el nuestro. Ellos se obstinan y Cristo avanza hacia su amada cruz. Es significativo que los mismos ramos con que hoy aclamamos a nuestro Rey y que ahora son verdes, serán los que el próximo año, ya secos, se transformarán en las cenizas que se impondrán en nuestras cabezas, al iniciar el período cuaresmal. De esta manera la Iglesia nos hace ver la caducidad del corazón humano, advirtiéndonos que, si Dios no nos sostiene con su gracia, también nosotros nos podemos encontrar pidiendo a gritos la muerte de Jesús.

Que la Virgen María nos tome en sus brazos para recorrer los días de esta Semana Santa que hoy comienza. Que nos alcance la gracia de acercarnos al misterio con un corazón contrito y humillado, conociendo el precio de nuestros pecados: la sangre de Jesús. Amén.